

CJ Hauser

La novia grulla

Unas memorias en forma de ensayos

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide 

Algo así como Deep Blue

No era mi intención vivir sola en el pueblecito donde vivo. Me vine aquí con mi prometido después de aceptar un buen puesto en la universidad de la zona. Habíamos comprado una casa con habitaciones suficientes para tener hijos. Luego se canceló la boda y me quedé sola en un pueblo donde la población no estudiantil es de 1.236 habitantes. Contemplé fugazmente la posibilidad de coquetear con el cartero, que es muy mono, con el camarero, que también es muy mono, pero luego me pareció una estupidez limitarme a cosas como recibir el correo o emborracharme en un pueblo donde solo viven otros 1.235 adultos. Por primera vez en mi vida decidí buscar una cita online. Tenía treinta y cuatro años.

Lo que tiene chatear con la gente en Tinder es que es muy aburrido. Soy una especie de esnob asquerosa en lo tocante a lo conversación, con una tolerancia patológicamente baja a las conversaciones intrascendentes. Me encantan las personas que encajan en la categoría de gente lista y triste que despliega su inteligencia con estilo. Me encantan los bufones de Shakespeare, Elizabeth Bennet y Cyrano de Bergerac. Me encantan *Las chicas*

Gilmore, El ala oeste de la Casa Blanca y Rick y Morty. Me muero por encontrar interlocutores capaces de viajar a una velocidad de vértigo por cantidad de temas interesantes, que me griten por encima del hombro: «¡Sígueme!». Alguien que crea que estoy a la altura del reto, alguien que presuponga lo mejor de mí.

No os sorprenderá saber que es una gilipollez monumental acercarse a Tinder con este enfoque, y que he pagado caro mi esnobismo.

La primera persona que me pareció que compartía mi ética de la conversación era un académico, un músico. Tenía un sentido del humor oscuro, era ingenioso, y puso todas las cartas sobre la mesa desde el primer momento. Incluso a través de la pequeña ventana del chat era evidente que se trataba de un hombre plena y caóticamente humano. Tenía muchas ganas de conocerlo.

Pero la realidad fue muy distinta. Lo que en nuestras charlas online parecía apasionado y atrevido, resultó ser de una intensidad alarmante. Hubo muchos ataques de llanto, hubo propuestas de viajes para conocer a su madre y al perro, hubo una inesperada serenata con acordeón y hubo una declaración de lo guapa que estaría embarazada. Por favor, que quede claro que creo que un hombre capaz de llorar es un hombre evolucionado. Espero tener un hijo algún día, y eso podría suponer estar una temporada embarazada. Incluso me gusta el acordeón. Nada de esto era malo en sí mismo, pero en conjunto me resultó *excesivo*. Cuando le dije que no quería volver a verlo, me envió por correo unas tarjetas preciosas en las que me decía que estaba disgustado, no, enfadado, porque yo no nos daba una oportunidad.

El siguiente chico con el que salí se acababa de mudar de Europa a Nueva York y era un coleccionista de historias y observaciones. Nuestros chats adoptaban la forma de largos bloques de texto en los que intercambiábamos anécdotas y nos hacíamos preguntas. Nos lanzábamos ofrendas a los pies. Y a mí esto me encantaba.

Pero las historias luego se volvían grotescas en la vida real. Se pasó la mayor parte de la cena sacando a relucir anécdotas de lo «muy gordos» que éramos en Estados Unidos, y eso me impidió disfrutar de mis chiles rellenos. Luego fuimos a tomar una copa a su apartamento, decorado de maravilla, lleno de plantas y tapices, con una bici apoyada en una estantería llena de novelas. Era inteligente, guapo y un poco gilipollas, pero quizá con el tiempo llegaría a dulcificarse y transformarse como le ocurrió a Darcy en *Orgullo y prejuicio*, pensé. Bebimos vino y cuando al cabo de un rato dije que debería irme a casa, se levantó y me besó, y a mí me gustó, y pensé que en eso consistía ligar online. Que tenía que aprovechar el momento y vivir una experiencia.

Cuando estábamos en la cama, me asfixió. No mucho tiempo y tampoco con demasiada fuerza, pero sus manos aparecieron de repente en mi cuello de un modo que yo sabía que pretendía ser excitante, pero que, viniendo de un hombre relativamente desconocido, me dio pánico. No le había insinuado que esto me gustara, y él tampoco. Conozco a gente a la que le va eso. Incluso *podría* llegar a gustarme. Pero no por sorpresa.

Después, mientras hablaba conmigo, yo me puse a contar los minutos exactos que tenía que esperar para marcharme sin que pareciera una huida. Seguía contan-

do cuando me dijo que le interesaban mucho los autores de tiroteos masivos y los mensajes que dejaban. Todavía desnudo, trajo su teléfono a la cama y me enseñó un vídeo de la página web anónima 4chan. Yo estaba sentada con sus sábanas alrededor de la cintura mientras él sostenía el teléfono para enseñarme una recopilación de videomanifiestos de autores de matanzas, cómicamente acompañados de una alegre musiquilla.

—Es tronchante —dijo.

Y yo contesté que tenía que irme. Al día siguiente, y varias veces más, escribió para preguntar por qué había salido corriendo y había desaparecido.

Lo que en internet parecía interesante me llevaba a extremos delirantes en la vida real. Sabía que tenía que dejar de obsesionarme con los buenos conversadores. Pero cuando renuncié a los buenos conversadores, mis chats de Tinder se convirtieron en una liturgia: de dónde eres, qué te parece el tiempo que hace, cuántos años tiene tu perro, cuáles son tus aficiones, en qué trabajas, ay, no, profesora de lengua, tendré que tener cuidado con mi gramática: emoticono de guiño, emoticono con la lengua fuera, emoticono con gafas.

Para no ser especialista, entiendo un montón de robots. En concreto entiendo de chatbots y otras IA diseñadas para operar mediante el lenguaje. De hecho, en la época en que empecé a ligar online, daba una clase en la universidad sobre las representaciones de los robots en la literatura científica y en la ciencia ficción. En clase, deba-

tíamos si puede considerarse que una inteligencia artificial que consigue hacerse pasar por un ser humano mediante un texto basado en una conversación ha superado el test de Turing.

Un chat de Tinder era, a su manera, una especie de prueba, ¿no? Una prueba en la que intentábamos demostrar a la otra persona que éramos *reales*, que éramos *humanos*, que éramos *follables*, incluso *amables*. Llegué a la conclusión de que sí era una especie de test de Turing. O puede que ligar online me resultara más soportable viéndolo de este modo. Me resultaba más fácil fingir que era una mujer que estaba haciendo una investigación científica sobre el lenguaje que reconocer que me sentía sola. Que reconocer que mi felicidad dependía de un algoritmo que alguien había creado para vender publicidad a las personas solteras. Más fácil que admitir que era un riesgo que estaba dispuesta a correr.

Por aquel entonces estábamos estudiando uno de mis libros favoritos de todos los tiempos: *The Most Human Human*, de Brian Christian. Christian participa en el test de Turing más famoso del mundo, el Premio Loebner, en Brighton. Participa en un experimento ciego y conversa mediante una interfaz con personas que tienen que decidir si es un ser humano o un chatbot. El verdadero objetivo del Premio Loebner es comprobar si alguno de los chatbots es capaz de convencer al jurado de su humanidad, pero, tal como insinúa el título de Christian, hay también un premio humorístico que se otorga al humano cómplice a quien menos veces hayan confundido con un robot. Recibir el premio al Humano Más Humano era el objetivo de Christian. En el libro, pregunta: ¿qué podría hacer un ser humano con el lenguaje que un

robot no podría hacer? ¿Cuáles son nuestras formas de expresión más asombrosamente humanas? ¿Cómo reconocemos a un ser humano en internet?

Y así, mientras trataba de encontrar a esa gente interesante y encantadora que seguro, pensaba yo, estaría escondida entre los clichés que predominan en el chat de Tinder, me hice la pregunta de Christian: ¿qué podía hacer yo que un robot no pudiera? ¿Cómo ser una persona consciente de estar online, en Tinder, y a la vez comunicarme como un ser humano?

Mi pregunta era metafórica, pero en Tinder hay, efectivamente, chatbots. Nunca me he encontrado con ninguno (que yo sepa. Bueno... en realidad, hablé con Dale, con un peinado elegante, los abdominales marcados y una foto en la que salía en un yate, que me preguntó si estaba DTF RN: dispuesta a follar ya mismo; ¿no sería Dale una bonita amalgama de unos y ceros?). Pero este es un problema tan común en Tinder que se han inventado un test cultureta, una especie de CAPTCHA para que lo utilicen los humanos si creen que una pareja es sospechosamente atractiva o no es real. En el Test de la Patata, se pide a la persona con la que estás hablando que diga «patata» si es un ser humano. Si no lo dice, ya lo sabes. Una de mis capturas de pantalla favoritas de este proceso (el foro comunitario de Tinder es un sitio glorioso) dice lo siguiente:

TINDER: Tienes compatibilidad con Elizabeth

HOMBRE HUMANO AUTÉNTICO: Ay, señor. Tengo que hacer el test de la patata. Di patata si eres real

«ELIZABETH»: ¡Hola! Eres mi primer match. Te reto a que intentes hacer un primer mensaje mejor jajaja

HOMBRE HUMANO AUTÉNTICO: Di patata, Elizabeth
 «ELIZABETH»: Y, por cierto, si no te molesta que te lo pregunte, ¿por qué estás en Tinder? Yo personalmente creo que no busco nada serio jajaja
 HOMBRE HUMANO AUTÉNTICO: Di patata

A todo esto, las conversaciones que tenía con hombres y mujeres que habían superado el test de la patata no eran muy distintas de la del Hombre Humano Auténtico con Elizabeth. En estas conversaciones solo se hablaba de cosas sin importancia, o sea, nunca de nada que me permitiera hacerme una idea de con quién narices estaba hablando.

Volví a intentarlo sin perder el optimismo y muchas de mis conversaciones dieron paso a citas en la vida real. Podría escribir una clasificación de lo mal que salieron esas citas por distintos motivos. A veces era culpa mía (me daba un ataque de exceso de confianza y los espanataba directamente), otras veces era suya (venían de casa con un sándwich de pollo y hacían algún comentario sobre mis tetas en los primeros quince minutos), y otras veces no era culpa de nadie y pasábamos un rato agradable, pero nos quedábamos igual que estábamos, como dos elementos que no reaccionan en una probeta. En todos los casos, la cosa se reducía siempre a la conversación.

El capítulo que más me ha gustado siempre del libro de Christian es el que cuenta cómo Gary Kasparov «perdió» al ajedrez frente a Deep Blue, la computadora de IBM, y explica el concepto de jugada de «manual». Brevemente, la jugada de manual es la secuencia conocida de movimientos sucesivos que hay que hacer para opti-

mizar la victoria. En la mayoría de las partidas de ajedrez de alto nivel, la primera parte del juego se desarrolla de acuerdo con el libro, y un observador entendido sabe qué movimientos siguen a cuáles, hasta que se alcanza un nivel de complejidad y caos que requiere de improvisación, y es entonces cuando los jugadores empiezan a jugar en serio. Algunos lo llamarían *jugar por sí mismos*. Kasparov sostiene que no perdió contra Deep Blue, porque la partida seguía en la fase de desarrollo de acuerdo con el manual cuando cometió su error fatal de transposición y por tanto, aunque metió la pata en el guion, en realidad nunca llegó a jugar contra la inteligencia algorítmica de su adversario en esta partida concreta.

Christian establece una brillante comparación entre la conversación de cortesía —el hablar de cualquier cosa— y el «manual», y argumenta que la verdadera comunicación humana no empieza a producirse hasta que uno o los dos participantes se desvían del guion cultural de los comentarios agradables. El manual es necesario en cierto modo, como en el ajedrez (Bobby Fischer no estaría de acuerdo), para lanzarnos a estas conversaciones más profundas y auténticas. Pero hoy en día, es demasiado fácil tener una larga conversación sin *salirse* nunca del manual: hablar sin alcanzar nunca la humanidad específica de la otra persona.

Este era mi problema con Tinder. Por más que me empeñaba en adentrarme en el terreno humano, en el chat, y a veces en un encuentro en persona, siempre me veía arrastrada al baile de cortesía guionizado. O sea, como si estuviera saliendo con Deep Blue y pidiendo otra ronda de copas a la espera de que finalmente apareciera su verdadera programación online.

Estas citas me deprimían mucho. Tenía la sensación de que nunca encontraría lo que buscaba.

¿Qué buscaba?

A veces me acordaba de la Elizabeth que no decía «patata», y de su pretendiente. Lo curioso es que él no le preguntaba si era humana sino si era *real*. Hay un pasaje de *El conejo de terciopelo* que mi hermana me pidió que leyera en su boda. Me consideraba a la altura de la tarea —es un libro infantil, joder—, pero cuando llegó el día, leí el fragmento llorando de principio a fin:

—Lo real no es de qué estas hecho —dijo el Caballo de Cuero—. Es algo que te ocurre. Cuando un niño te quiere mucho, mucho tiempo, no solo mientras juega contigo sino que te quiere REALMENTE, entonces te vuelves Real.

—¿Eso duele? —preguntó el Conejo.

—A veces —dijo el Caballo de Cuero, porque siempre era sincero—. Cuando eres Real no te importa que te duela... Te conviertes. Se tarda mucho tiempo. Por eso no le suele pasar a la gente que se rompe con facilidad, o que tiene aristas, o a la que hay que tratar con cuidado. Generalmente, cuando ya eres Real, te has quedado casi sin pelo, de tantas caricias, y te cuelgan los ojos, y tienes las articulaciones flojas y estás hecho una pena. Pero nada de eso te importa, porque una vez que te has vuelto Real no puedes ser feo, salvo para las personas que no lo entienden.

Eso era lo que yo quería: que alguien me demostrara no solo que no era un robot sino que era real, y que me volvería real a mí también. Pero no podía poner eso en

un perfil de Tinder. *CJH, 34, no me han tratado con cuidado, haré que todo sea real hasta que nos cuelguen los ojos <3*

Para entonces llevaba un año en Tinder, entrando y saliendo. Una vez incluso busqué en Google a Brian Christian para ver si estaba soltero. Por desgracia, no lo estaba.

—Se acabó —les dije a mis amigas, a quienes siempre les contaba las historias de mis citas desastrosas—. Voy a desaparecer sin dejar rastro y a borrar mi cuenta.

Pero seguí hablando con un hombre, a pesar de esta decisión.

YO: Me estoy riendo de esa parte de tu perfil en la que dices que eres un «extrovertido sin remedio». ¿Eres de esas personas que hace amigos en los aviones?

JOEY: No, ¡pero siempre cuento más de lo que debo!

YO: La verdad es que a mí me pasa lo mismo. No hay otro modo de evitar el purgatorio infinito de la conversación intrascendente.

JOEY: Tinder es por definición el purgatorio de la conversación intrascendente.

YO: ¿Cómo salimos de aquí?

JOEY: Alejándonos de las zonas de cobertura y yéndonos a las montañas.

Nos habíamos salido del manual. Era como si él hubiera señalado la matriz de la conversación en la que estábamos encerrados, de la que yo intentaba escapar, y dijera: «Eh, yo también lo veo».

Desarrollamos un idioma propio, con nuestras bromas, devoluciones de llamadas y pautas de compromiso.

Desde ese primer día, ningún robot habría podido sustituirnos a ninguno de los dos, porque nuestro idioma estaba hecho *para* el otro. Revelaba quiénes éramos juntos: bromistas, honestos, con el corazón roto, capaces de reírnos de nuestra tristeza, algo raritos. El idioma que hablábamos era lo que Christian llamaría «para un sitio específico», es decir, un idioma ideado para existir en un lugar determinado, un tiempo determinado y con una persona determinada.

Por fin accedí a salir con Joey en la vida real, pero rebajé la cita de ir a cenar a tomar unas copas, porque anticipaba que podía necesitar una estrategia de salida. No hice nada por ponerme mona. Me tomé dos cervezas con unos amigos antes de la cita, para que la decepción prevista me pillara anestesiada. Pero nada más llegar a la cervecería que habíamos elegido me arrepentí de estas decisiones. El hombre que estaba sentado a la barra era incluso más guapo de lo que me esperaba, y no solo eso sino que, mientras me acercaba a él, recordando las conversaciones que habíamos tenido a lo largo de las últimas semanas, reconocí cuánto me gustaba, ya entonces. Cuánto esperaba gustarle. Cuánto esperaba no haberlo fastidiado todo. Pero en el mismo momento en que empezamos a hablar, mi camisa raída y mis botas de nieve, las cervezas que me había tomado y otras defensas perdieron su importancia. El encuentro fue idéntico a nuestras conversaciones: torpe, divertido, honesto y a trompicones, es decir, *humano*.

—La verdad es que odio esta cervecería —confesé—. La cerveza es pésima.

—¡Yo también! —dijo Joey.

—Entonces ¿por qué la hemos elegido?

—Porque parece de esos sitios en los que se supone que hay que quedar.

Joey me hizo un regalo en nuestro primer aniversario. Era una manta, tejida con una captura de pantalla de nuestra primera conversación en Tinder. Se rio mucho y me reí mucho cuando me la dio, porque era absurda. Pretendía serlo. Pero también era veladamente sincera. Era cariñosa y era una tontería, y nada podría haberme gustado más que aquella manta.

Joey y yo nos separamos antes de nuestro segundo aniversario, pero mientras me sometía a la tortura de la ruptura, que consiste en guardar en cajas todas las cosas de tu ex, las fotos y los regalos demasiado dolorosos para verlos, no fui capaz de deshacerme de la manta. Era un recordatorio de que ser humano es arriesgado y doloroso, y de que vale la pena. De que prefería perderlo todo, como Kasparov, a ganar como Deep Blue.

La conversación de esa manta en realidad es bastante larga, y un amigo nuestro nos preguntaba en broma:

—¿Hablasteis tanto antes de liaros? Tenéis que aprender a jugar mejor los dos.

Es cierto que a ninguno de los dos se nos daba bien el juego. También es cierto que esa no era la cuestión. La cuestión era que los dos sabíamos lo fácil que es dejar que la vida pase, siguiendo el manual al pie de la letra, a menos que te arriesgues, que alteres los patrones esperados e intentes que ocurra algo humano.